

2560



Negros e hispanoparlantes son —paradójicamente—, los principales blancos de la brutalidad racial de la policía estadounidense. Estos hechos, a los que la prensa del sistema insiste en llamar "enfrentamientos raciales", han finalizado en verdaderos levantamientos populares. Los "espaldas mojadas", indocumentados inmigrantes latinoamericanos que intentan ganarse el pan con el sudor no sólo de su frente y también los propios negros estadounidenses, son el epicentro de esta brutalidad, protegida por el propio sistema

# RACISTA BESTIALIDAD POLICIAL EN ESTADOS UNIDOS



El joven negro, de 25 años, tiene una típica constitución física para los hombres de su edad: delgado y de regular estatura, más bien alto. Acaba de salir por la doble amplia puerta automática del tren subterráneo y camina ahora por el andén, junto a la muchedumbre que anda a prisa por la costumbre, con o sin un objetivo que lo impulse.

Ensimismado en sus pensamientos camina lentamente, mientras que la gente que lo aventaja lo va dejando atrás. Ya escucha el sonar de sus tacones, con la respuesta del eco, en aquel pasillo ancho y sucio de hollín y ausencia de limpieza desde que fue construido, en las entrañas del céntrico distrito de Manhattan, en la ciudad de New York. A poca distancia ya se encuentra la abertura que da acceso a la escalera de salida hacia la superficie de la ciudad, anunciada por un fuerte chorro de luz y aire fresco.

Se detiene a observar curiosamente las asquerosas paredes escritas, en ocasiones, con mensajes rebeldes, pero en su mayoría por nombres de enamorados y palabras obscenas. Queda pensativo y como si una idea repentina se le ocurriera, levanta el brazo con su frasco de pintura en la mano, mueve el disparador del "spray", y rocía un pequeño espacio de la pared, y sonríe al comprobar la diferencia. Michael Stewart es un pintor en busca de belleza en todas partes, y se dispone a dejar allí una muestra de su creación, de embellecer una diminuta parte de aquella pared mugrienta y rechazable, cuando un golpe fuerte por la espalda lo derriba al suelo. Luego, allí, las patadas llueven sobre su cuerpo de 135 libras. Los agentes policíacos le colocan las esposas en sus muñecas, lo levantan, y lo empujan hacia adelante, y así, a empujones sube la escalera y sigue hacia el carro de patrulla policial. Pero Michael no está solo. Varios individuos han presentado el hecho y algunos lo siguen hasta la acera para ver desaparecer el vehículo en medio del tormente del tránsito. Es el 25 de setiembre de 1983, de acuerdo con la prensa estadounidense y entre ella el periódico "The Militant", de febrero 17, del actual año.

Ahora es 14, de febrero de este presente año, 1984. En una esquina céntrica de la ciudad de Santa Ana, al sur y próxima de la populosa ciudad de Los Angeles, en el estado de California, Mario Moreno López, de 14 años, mexicano, conversa animada y despreocupadamente con un grupo de otros adolescentes. Algunos de ellos se a la "migra", como se le dice a los agentes del Servicio de Inmigración y Naturalización de Estados Unidos. Estos agentes son en realidad la policía oficial de este organismo, el cual es una División del Departamento de Justicia de esa nación.

Todos los muchachos huyen desprovistos, así como otros hombres quienes están cercanos. Son los llamados por las autoridades norteamericanas "los espaldas mojadas", sin documentación que los acrediten como residentes en Estados Unidos. Pero Mario no se mueve del lugar donde está parado. Mira con atención cómo compañeros se ven precisados a huir, mientras aquel grupo de hombres, de la "migra" se acerca. Mario no teme, porque sabe que sus padres y él son residentes norteamericanos debidamente documentados. Pero aquellos hombres no parecen entenderlo cuando les explica su estado oficial allí. Le piden su tarjeta verde de residentes, pero Mario no la tiene consigo, pues sus padres temen que la pierda y la conservan en la casa. El joven ruega a los agentes de inmigración ir hasta su casa para comprobar lo que dice, pero éstos lo empujan y lo obligan a entrar a un camión cerrado que se detiene frente a ellos.

Ya en la ciudad de Los Angeles, lejos de su hogar, Mario insiste, no solamente en su residencia legal, sino en que nació en 1969, que aún no ha cumplido los 15 años, pero los agentes y los fun-

2

cionarios del Servicio deciden tramitar el caso como el de un adulto al igual que acostumbran a hacer con los menores. Así que le exigen a Mario que firme un documento donde el firmante acepta una salida del país supuestamente voluntaria. Sin embargo, él se niega. Los agentes, entonces, llaman a un hombre de los detenidos. El individuo también se niega. Le dan un empujón y con brusquedad contra la pared, golpeándola con la cabeza. La actitud de sus agresores indica que están dispuestos a continuar con una golpiza, y todos los presentes se deciden a firmar por temor a lo que les pueda ocurrir en manos de los ya bien conocidos bestialmente agresivos agentes. Y Mario firma. Y es embarcado, junto a un grupo de mexicanos, hacia el otro lado de la frontera de México, para Tijuana, de acuerdo con Michael P. Roth, periodista del "Guardian" de marzo 28 del presente año, y del periódico "People's Tribune", del pasado marzo 26.

Enterado del caso por testigos, no por el Servicio de Inmigración y Naturalización, el padre del joven, Juan Moreno García, se trasladó a Tijuana, donde comienza a buscar al muchacho. La noticia aparece en toda la prensa, ya no porque los mexicanos sean importantes para los medios de difusión masiva, sino porque la infamación es de índole expectativa y atrapa la atención de los lectores, los radioyentes y los televidentes.

Moreno García no encuentra a Mario por ninguna parte de Tijuana. Es que el joven se las arregla para cruzar la frontera a pie, hacia Estados Unidos, pero al pisar tierra norteamericana, otros agentes de Inmigración lo arrestan y vuelven a deportarlo a Tijuana. Entretanto, el padre, ignorando lo que ocurre continúa su búsqueda por una semana, hasta caer desplomado, exhausto. Mario, con hambre, con sueño y extenuado por la fatiga se mantiene en la lucha por el objetivo de llegar a su hogar junto a sus padres. Come algo de manos caritativas y duerme un poco en el suelo de alguna casa de pobre que lo acoge, y prosigue hacia adelante, por otro lugar de la frontera, hasta cruzarla y llegar a territorio estadounidense.

Es entonces, cuando un matrimonio de la localidad de Alhambra, en California, lo reconoce por las fotos publicadas y avisa a la policía norteamericana y ésta a la mexicana de Tijuana, la que se ocupa de informar a Moreno García. Padre e hijo se reúnen en su hogar el 21 de febrero.

Es muy difícil determinar una cifra exacta de las deportaciones de menores de edad, que son residentes legales, comenta "Guardian", pero el abogado de Moreno, el licenciado Peter Schey, dice que éste es su "quinto caso" en los últimos doce meses, "y se me ha consultado sobre otros veinte casos". Herman Baca, presidente del Comité Pro Derecho de los Chicanos, dice que "casos como el de Mario constituyen la regla antes que la excepción, y comprender, no sólo a residentes legales, sino aún a ciudadanos norteamericanos de ascendencia hispánica".

Los padres de Mario han radicado una demanda exigiendo 100 mil dólares por daños y perjuicios contra el Servicio de Inmigración. La respuesta de las autoridades es un caso clásico de "la víctima es la culpable", pues el Departamento de Justicia de Estados Unidos ha amenazado con procesar a Mario por el delito de mentir a un agente federal por haber firmado un documento de salida voluntaria del país.

La deportación de Mario Moreno desató una tormenta de controversia y protestas. El juez federal Terry Hatter emitió un interdicto provisional prohibiendo al Servicio de Inmigración deportar a cualquier menor de edad hasta que dicha agencia probara que acataba otro interdicto previo que regula el trato que se le debe dar a los menores. Este interdicto anterior, emitido en enero pasado, se originó por una demanda colectiva, radicada en

1981, por abogados que se dedican a casos de inmigración, en representación de niños maltratados y deportados por el Servicio de Inmigración y Naturalización.

El caso de la deportación de Mario Moreno López, es sólo el ápice visible de un témpano de hielo, comenta "People's Tribune". Miles de jóvenes son deportados, sin sus padres, todas las semanas. Del seis al siete por ciento de todos los deportados latinoamericanos son jóvenes menores de 19 años de edad. Y es común que niños ciudadanos norteamericanos de nacimiento sean deportados junto a sus padres indocumentados en el país.

El interdicto provisional tuvo una vida muy corta basándose en que el Servicio de Inmigración exoneró a sus agentes, el juez federal, Edward Rafeedie, quien dijo que la ley no se había violado en el caso de Mario Moreno, suspendió el interdicto, que prohibía la deportación de menores extranjeros. Como resultado de esto, 500 adolescentes mexicanos fueron deportados inmediatamente.

Cuando niños son tratados con tanta brutalidad, continúa comentando el rotativo citado, no sorprende que adultos hayan sido dejados ahogándose en las aguas de los canales de la frontera, con México, huyendo desprovistos del temor de los agentes de Inmigración de Estados Unidos.

¿Y qué sucedió a Michael Stewart después que lo vieron alejarse arrestado en el carro patrullero por una de las principales arterias de la ciudad de New York?...

Horas después, el mismo 25 de setiembre de 1983, lo ingresaron en el Hospital Bellevue. Sus manos esposadas, sus piernas atadas con tiras adhesivas, y en profundo estado comatoso. Murió tres días más tarde sin recuperar el conocimiento.

Hoy en día todavía las policías alegan que Michael trató de escaparse cuando fue arrestado y que se necesitó el uso de la fuerza para controlarlo. El periodista Pat Hayes, del periódico "The Militant" comenta irónicamente que "once policías, todos blancos, participaron en el acto de 'controlar' a Stewart, de 135 libras de peso". Tres testigos, incluso un agente auxiliar de policía, han declarado a los abogados de la familia que vieron que el joven pintor fue arrojado al suelo y golpeado durante su arresto.

El padre de Michael, un jubilado trabajador del Metro, acusa al doctor Elliot Gross, médico forense de la ciudad de New York, de destruir la evidencia crucial en el caso, al remover los ojos de su hijo. Los médicos de la familia, acusan a Gross de engañar al público, al no calificar la muerte de homicidio. El doctor John Granerholz, quien presenció la autopsia, dijo que "el cuello fue comprimido por presión aplicada desde el frente, o uno de los lados, por otra persona, y por lo tanto la muerte debió haber sido clasificada como homicidio".

Los abogados dijeron al juez Andrew Taylor, del Tribunal Municipal de Manhattan, que "es de conocimiento general que ocurre hemorragia en los ojos cuando se produce la anoxia—suspensión de suministro de oxígeno al cerebro—, y que la causa probable de la anoxia fue la estrangulación". La familia de Michael quiere que los ojos del cadáver del joven sean inspeccionados en una nueva autopsia.

El doctor Gross ha sido acusado de descuido en el manejo de evidencia crucial en muchos casos de brutalidad policial.

"Habiendo observado la lentitud con que funciona la Justicia en el caso de Michael Stewart", dicen los abogados de la familia, "no sorprende a nadie que solamente un policía en los últimos 25 años ha sido acusado de asesinato (no convicto) de un civil en la ciudad de New York; y que solamente, en los últimos 53 años, un policía ha sido convicto de matar a tiros injustamente a un civil, y que este civil era un norteamericano blanco.

Talia Carol  
(desde Washington)

